



Boletín Radar Febrero 2009/2

Editorial: Violencia doméstica, fenómenos de maltrato y abuso sexual infantil; invitación a Encuentro de Biblioteca ALEP.

Ana Eugenia Viganó

Estimados lectores:

Bienvenidos a una nueva edición de **Radar ALEP**.

Para esta ocasión hemos seleccionado en primer lugar un texto - que es un resumen de una conferencia dictada por el autor en las Jornadas "Ellas hablan" (Sevilla, octubre 2006) ? titulado "**Posiciones subjetivas en los fenómenos de maltrato**". Allí, **José R. Ubieta** (ELP) pasa revista a algunos de los mitos explicativos de la violencia doméstica, que a su entender figuran un obstáculo para los profesionistas a la hora de su abordaje. El recorrer detallada y críticamente esos mitos, poniendo en tensión las complejidades del problema, le permitirá romper con las fórmulas uni-causales, abriendo las múltiples determinaciones que

se entrelazan en las situaciones de maltrato y develando las posiciones subjetivas en juego de los actores.

Enlazado muchas veces a la cuestión genérica de la llamada *violencia doméstica*, se encuentra un tema de crucial actualidad: el maltrato hacia los niños. El aumento de las distintas formas de maltrato contra los niños en la actualidad es un hecho innegable y constatable por los más diversos medios y actores. Ante esta realidad, diversas modalidades de abordaje, explicaciones, opiniones, programas de prevención e intentos variados de combatir este flagelo se proponen desde diferentes campos. El maltrato infantil y su variante particular, *abuso sexual*, se convierten así en nombres actuales del malestar. En este sentido, queremos invitarlos a nuestro próximo **Encuentro de Biblioteca de ALEP: "Abuso sexual infantil: Aciertos y tropiezos en el campo educativo sobre su detección, prevención y tratamiento"** a realizarse el **viernes 6 de marzo de 2009, en el salón 006 de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el horario de 18:30 a 20:00hs.** Allí tendremos oportunidad de compartir y debatir puntos de vista y consideraciones sobre este tema con **Gema Ortiz**, una de las autoras del Programa PESI, ganador del *Premio Mundial a la Innovación y Excelencia en Educación Sexual por la Asociación Mundial para la Salud Sexual ? WAS*, programa que se implementa ya en muchas escuelas de México.

Para finalizar, en nuestra sección **La formación de los analistas**, les presentamos la primera parte de un texto de gran valor teórico y clínico: **"El buen uso de la supervisión"**, de **Eric Laurent**(Delegado general de la AMP) Partiendo de un cuestionamiento sobre el estatuto del relato del caso como procedimiento demostrativo en psicoanálisis, recorrerá cuestiones fundamentales de la enseñanza de Lacan, - con apoyo en conceptos provenientes de otras disciplinas - sobre el tema del caso clínico, el control de la práctica, el lugar del psicoanalista y el pase en la escuela.

Como siempre, auguramos una provechosa experiencia de lectura, y los saludamos muy cordialmente.

Ana Viganó
Moderador **Radar ALEP**

El buen uso de la supervisión - (Primera parte)

Eric Laurent

Formación de los analistas, política del psicoanálisis

En la perspectiva tomada por Jacques-Alain Miller, que sitúa la enseñanza de Lacan en un doble retorno, a Freud y a la lógica, interrogo el estatuto del relato del caso utilizado como procedimiento demostrativo.

Nosotros formulamos la experiencia en los términos freudianos y simultáneamente los construimos en el marco de la lógica que Lacan forjó. Pero al mismo tiempo nos vemos conducidos a captar que el corazón de la cuestión se encuentra en la báscula radical que hay entre el caso del analizante establecido por otro y el caso del analizante establecido por él mismo. Esta báscula es congruente con la enseñanza de Lacan según la cual la estructura en sus aspectos lógicos está «en lo real». Es un punto de vista que se opone a la elaboración del caso como «modelo» o «representación» de un real.

Si el verdadero caso es el del pasante en lucha con su sinthome, el que testimonia acerca de lo irreductible de lo simbólico en lo real, ¿en qué consiste entonces el relato de caso «de otros», el que se intercambia en ocasión de las presentaciones públicas o el que se presenta en las supervisiones?

Esta doble vertiente del caso público y del caso expuesto en las supervisiones aparece en principio como el enunciado de una oposición entre lo que se puede decir entre practicantes, de un modo esotérico, y lo que puede decirse «para todos», de modo exotérico. Esta distinción que nos viene de la filosofía, es retomada en nuestra época, la del triunfo de la técnica, como la distinción entre lo que se puede decir entre especialistas y lo que puede decirse a todos.

El control da cuenta por un lado de la evaluación hecha por un grupo de pares, peer group evaluation. La oposición entre lo que puede exponerse frente a todos y lo que puede exponerse frente a un grupo restringido de pares muestra que, aún en la cultura técnica, la barrera entre lo esotérico y lo exotérico es difícilmente reductible.

Esta primera distinción es solo un aspecto del problema. Sin duda es necesaria la perspectiva del pase, la que aísla la "mentira en lo real", para que la extrañeza de la supervisión se muestre con toda su claridad. De lo contrario aparece más bien como una falsa evidencia.

Cada uno a su práctica, desplegada extensamente en el secreto del consultorio, de la que resulta difícil saber lo esencial, y es de hecho imposible de estandarizar. Este es el prototipo de la situación que, en nuestra civilización, con la exigencia del individualismo democrático, convoca a una vigilancia, a un «más» de transparencia. Es lo que hizo que desde que el viejo sistema soviético quiso volverse moderno, sus sostenedores hayan también gritado : «glasnost !» Es un problema candente desde el origen de los Derechos del Hombre y de la Revolución: Jean Starobinski tituló un muy lindo libro sobre Jean-Jacques Rousseau "La transparencia y el obstáculo". Pone de relieve en él cómo la paranoia de Rousseau consueña con el nuevo mundo que iba a surgir. Tanto uno como otro lamentan que no tengamos, como dice Rousseau, «espejo intelectual» y que estemos condenados a vivir en la opacidad.

En la llamada al control en la práctica analítica, no creemos más en un operador estandarizado que tendría una clara visión de su acción y sabría, en relación a las normas de la cura, en qué punto preciso él se encuentra. Somos reenviados a la opacidad del hombre para el hombre. Hay entonces que vigilar.

La «terceridad» en todos los niveles

Esto se dice en la lengua de la IPA contemporánea: «hay que rendir cuentas a un tercero». Escuché hace poco a una persona importante trazar un cuadro de su asociación, retomando muy extensamente la descripción hecha por Jacques-Alain Miller en su última «Carta a la opinión ilustrada». Este responsable admitía que en la IPA, no hay más desde Freud/Klein controversy, ni ortodoxia ni tampoco escuelas. Agregaba: «salvo quizás algunos kleinianos aislados» ?sin duda es una pica hacia algunos, y para no nombrarlo, hacia Horacio Etchegoyen.

El término lacaniano Escuela era retomado, pero usado en el sentido más general de escuelas, como se habla de escuelas de Medicina. Más exactamente, jugaba con los dos sentidos de la Escuela como invención institucional: el sentido preciso, lacaniano, y el sentido que se recibe a través de la lengua. No hay más escuelas de psicoanálisis, pero las había aún en los años ochenta: la Escuela de Lacan, los kleinianos, etc.

Él concluía con la necesidad cada vez mayor de la supervisión para asegurar que esta disolución no conduzca a un no importa nada generalizado. La supervisión le parecía la manera más evidente de «rendir cuentas a un tercero». Contribuía al establecimiento de lo que llamó «la terceridad en todos los niveles». En esta perspectiva, el relato de caso moderno está confirmado como una forma de reseña de actividad, más que como soporte de un avance teórico.

André Green introdujo ese neologismo «terceridad» en un coloquio que organizó siendo presidente de la SPP. Retoma y desarrolla su contribución de entonces en el libro que acaba de publicar «El pensamiento clínico». Precisaba, en esa ocasión, en un liminar que «Desde la publicación de la Monografía en la que se relatan los intercambios, la terceridad - concepto que tomé prestado de C.S. Peirce- conoció

una cierta repercusión y su uso se extendió». La terceridad en todos los niveles es una extensión suplementaria de ese significante que tuvo éxito.

¿De dónde viene ese éxito en el área de la lingüística francesa? Ese neologismo que traduce la *thirdness* de Peirce evoca la solución que, en otro registro, había encontrado Serge Leclaire para las dificultades institucionales del movimiento psicoanalítico. Para él, cada uno podía proceder institucionalmente como quisiera, a condición de que haya una instancia tercera, como la había llamado, que sirva de recurso para los posibles conflictos y verifique que un código de buenos procedimientos sea observado para cada uno. Esta continuidad entre «la instancia tercera», la «terceridad» y la «terceridad a todos los niveles», en tres lectores de Lacan como Serge Leclaire, André Green y Daniel Widlöcher, pone sin duda de relieve la fuente común de esta inspiración en la enseñanza de Lacan. Indudablemente, la repercusión de su enseñanza no es ajena a la receptividad que encontró el «ab tercero» en psicoanálisis.

Lecciones de la lógica

Philippe la Sagna llamó mi atención sobre el hecho de que algunos psicoanalistas americanos retoman esta idea del «tercero analítico», *analytic third*, tomando sus referencias en Lacan, y en filósofos americanos como Donald Davidson o Richard Rorty. Sería interesante, para quienes recurren a estas referencias, constatar que el primer psicoanalista que se tomó el trabajo de leer a Charles Sanders Peirce con atención a partir de los años sesenta y extraer lecciones para el psicoanálisis, fue Jacques Lacan. Alentemos entonces a nuestros amigos americanos a releer a su gran filósofo lógico con una mano y a Lacan con la otra, porque antes de él esta referencia no había sido integrada al discurso analítico.

La terceridad, en Peirce, se llama *thirdness*. La noción puede ser presentada con un esquema:

Este esquema se basa en la idea de que hay que contar justo hasta tres para poder engendrar el mecanismo del sentido. Tenemos primero la presencia del Uno, un elemento «a». Es comparándolo con «b» que se produce un efecto de sentido para saber lo que es «a», de lo contrario éste aparecerá en su «primariedad». La introducción del nuevo término llama a la dimensión de secundariedad. Por el hecho de ponerlos en relación, surge un término medio, que viene como tercero para asegurar la comparación y la constitución de una cadena. Peirce agrega que el término medio sólo ocupa su lugar si permite verificar el lazo entre «a» y «b». Comparar «a» y «b», juzgar a propósito de uno y otro implica una anticipación respecto de una verificación por venir.

El lugar del tercio allí está en estrecha correlación con el término inferencia. Para Peirce, todo juicio, toda percepción se encuentra ya tomada en una anticipación, en una inferencia, en un fenómeno de tercero.

La dritte person

En el psicoanálisis fue Lacan el que enfatizó la función del tercero y las estructuras ternarias, indispensables para concebir la experiencia misma. Añade, sin embargo, que hay que contar hasta cuatro: «una estructura cuadripartita es desde el inconsciente siempre exigible en la construcción de un ordenamiento subjetivo». Para llegar a cuatro, es antes necesario el tres ?un curso de Jacques-Alain Miller, «1, 2, 3, 4», implica la necesidad de la enumeración.

Hay dos fuentes de la relación al tercero en la enseñanza de Lacan, que no se recubren exactamente. Primero la fuente lógica, en la cual el tercero está presente como aquello que finge. Por otro lado y más profundamente todavía, Lacan situó la función del tercero, en el retorno a Freud, como el rol de la dritte person, de la tercera persona en el funcionamiento del chiste. Hizo del mismo el fundamento del dispositivo del pase, pero hay algo del mismo orden en el dispositivo de la supervisión.

Del lado de la IPA, se interpreta la dritte person de un cierta manera. La voluntad de establecer el tercero en todos los niveles, del responsable francés que yo citaba, consueña con la importancia que Otto Kernberg le da al proceso de supervisión en la institución analítica tal como él la concibe. Esto corresponde, para ellos, a la puesta en marcha del Otro de lo simbólico, el Otro de la buena fe, el Otro en el que se establecería el pasaje de lo privado a lo público, en la transmisión.

El problema parece, por la introducción de esta instancia simbólica, una vía de resolución al encierro imaginario. ¿Pero está resuelto verdaderamente de la buena manera? ¿Asimismo está planteado correctamente?

No podemos pensarlo así por dos órdenes de razón distintos. En principio porque hay que separar el Otro de la buena fe, del Otro como lugar lógico. El Otro de la buena fe como sitio universal no es para nada el mismo que el del Otro del chiste tal como lo presenta Lacan en el Seminario, Libro V . Allí, este Otro es el sitio en que lo particular del chiste es recibido en su irreductible novedad. Es el lugar en el que es necesario que lo nuevo que se produce sea registrado como formando parte de la familia de los juegos precedentes, en un sentido homólogo al de Wittgenstein y sus familias lógicas, da cuenta de una misma serie, sin ser sin embargo, calificable con un rasgo común.

¿Cuál es el Otro que va a ser puesto en marcha? ¿Es el Otro de la vigilancia que verifica que las cosas marchen según las normas, o bien es el Otro que autoriza lo nuevo en la misma familia? Son siempre dos fases: en un sentido yo soy el Otro de la interdicción, en un sentido yo soy el Otro de la autorización. Hay que prestar atención porque esto puede acarrear confusiones con el lugar del superyó tal como lo aborda el psicoanálisis: en un sentido la interdicción, en otro sentido el «empuje a».

Hay que pensar la cosa en su diferencia y no contentarse con pensar que se agota en el «rendir cuentas a un tercero». ¿Cuál es la intención que soporta este «rendir cuentas» y cuál es la operación que se espera de él? No es la misma calificación la que hace que un sujeto sea llevado a pensar ocupar el lugar del garante de la norma o a ocupar el lugar de recibir lo nuevo en una familia de prácticas.

Hay un segundo orden de argumentos que objeta esta solución, es que la «terceridad en todos los niveles» da un error de perspectiva sobre el problema de la transmisión en psicoanálisis en su conjunto.

El lugar del psicoanalista

El psicoanalista no se encuentra durante el proceso en el lugar del Otro universal de la buena fe. Ocupa más bien, a partir de que el proceso se desarrolla y se pone en marcha, el lugar del muerto anticipando el lugar del objeto a que descompleta al Otro de los significantes.

La terceridad en todos los niveles, Thirdness at every level ¿adviento respecto de la traducción del slogan? es una suerte de falsa evidencia inofensiva. Declarar «el lugar del muerto en todos los niveles» sería más inquietante. En esta dirección, recordemos que para soportar la estructura de los tres, Lacan llama al cuarto término que implica la cuestión de la muerte: «El cuarto término está dado por el sujeto en su realidad, como tal forcluida en el sistema y no entra en él más que bajo el modo del muerto en el juego significante, pero volviéndose el sujeto verdadero a medida que el juego de los significantes va a hacerlo significar». La realidad del viviente forcluida en el sistema será luego abordada de otro modo con el objeto a minúscula. Es sin embargo, por la vía del cuarto término por la que hará objeción a la omnipresencia del tercero de lo simbólico.

Lacan no tomó las cosas por la punta según la cual se trataría de saber lo que califica a aquél que ocupa el lugar del Otro, con O mayúscula. No se está jamás calificado para hacerlo, y Lacan pudo decir en un momento que creer poder hacerlo es una canallada: es una impostura creer ocupar el lugar del Otro de manera legítima.

El lugar del psicoanalista, en la enseñanza de Lacan, se aborda a partir de un «hacer el muerto» para luego ser situado en el lugar del objeto pequeño a: éste descompleta el lugar de la buena fe y no se identifica con él.

Desde «Variantes de la cura-tipo», a mediados de los años 50, para calificar lo que se requiere de la persona del psicoanalista, Lacan evoca, en el orden de la subjetividad a realizar, todo lo que hace al borramiento del yo, para dar lugar al «punto-sujeto» de la interpretación.

¿Qué es un deseo de borramiento tal que alcance al punto sujeto de la interpretación? Que sea suficiente en el instante de subrayar la lista de las cualidades requeridas del analista: «reducción de la ecuación personal, [?] imperio

que sepa no insistir, [?] desconfianza de los altares de la beneficencia, [?] modestia verdadera sobre el propio saber». No se trata de jugar a estar verdaderamente en el lugar del Otro, sino de estar más bien en el lugar del muerto o del sujeto barrado, para que advenga el sujeto verdadero.

En su «Proposición sobre el psicoanalista de la Escuela», a propósito del pase, Lacan precisa antes el orden de subjetividad a realizar. No sólo evoca la «reducción», sino la «destitución» del sujeto que se produce. A la reducción de lo imaginario del yo se agrega «el borramiento del nombre». No se trata solamente del «yo» sino del «nombre», listo para «reducirse [?] al significante cualquiera». La destitución es correlativa a la pérdida de la captura que el sujeto tenía de su deseo por el fantasma. Por el dominio del fantasma que jugaba con él, él creía saber lo que era su deseo.

En la última enseñanza de Lacan, una vez que la captura del deseo por el fantasma zozobra, la presencia del sinthome viene al primer plano. El borramiento del sujeto ilumina el lugar fuera de sentido de lo simbólico en lo real, el partenaire-sinthome.

Tomar las cosas por este sesgo nos pone a salvo de lo que podría inflar el tercero por una identificación con su lugar de tercero, con su nombre, con su escucha, con su posición de vigía de la verdad. En última instancia, se trata de ponerse a distancia de una vocación que haga consistir al Otro que no existe.

(Continuará en próximo envío)

- Fuente digital: <http://www.eol.org.ar/virtualia/005/default.asp?notas/elaurent-01.html>

Posiciones subjetivas en los fenómenos de maltrato

José R. Ubieta

Quisiera iniciar este trabajo revisando algunas tesis sobre la violencia doméstica ¿podríamos también definir las como mitos- que nos impiden progresar en la actuación profesional y cívica.

El primer mito que propongo cuestionar es aquel que dice que este fenómeno de la violencia doméstica podría atajarse con medidas educativas, además de las penales y sociales. Como si la educación, en su vertiente preventiva, nos aseguraría contra la violencia. Dicho de otra manera, se puede escuchar, en muchos programas reeducativos de corte cognitivo-comportamental, que el maltratador (o la víctima) lo son debido a un déficit en su socialización. La educación se presenta así como La Solución. Implícitamente se entiende también, en esta tesis, que el fenómeno es una respuesta "antigua", de pautas obsoletas y propias de otra época, aún cuando sabemos que los maltratos de varones jóvenes a sus parejas son una realidad nada despreciable.

Por supuesto no pretendo negar la incidencia de la variable educativa en su sentido más amplio. Los ideales que una sociedad promueve y que encuentran eco en la vida familiar, en las prácticas educativas, en los mensajes publicitarios, en la oferta de ocio y, en definitiva, en los estilos de vida, son condiciones que influyen en los sujetos que viven en esa sociedad. Las pautas de relación entre los sexos, el valor de la mujer, sus condiciones sociales, laborales, su estatuto de poder, son cuestiones que condicionan nuestras respuestas subjetivas, las de los varones y las de las mujeres, niños y adultos. Conocemos algunos de esos ideales contemporáneos: el goce por la vía de los objetos, la satisfacción inmediata, el individualismo de masas como forma de vida, la novedad y lo joven.

Pero todas esas condiciones generales para una misma comunidad, se ven acompañadas en permanente interacción con la experiencia particular de cada sujeto. También la biografía, la suma de experiencias vitales, condiciona de manera importante la construcción de la persona. Los cuidados recibidos, las ausencias percibidas, en su caso los abusos o maltratos, todo ello deja huellas de satisfacción y de dolor en cada uno. La existencia de patología mental y/o el consumo abusivo de tóxicos son elementos que encontramos repetidamente en la biografía de muchos maltratadores.

Estos dos factores, para ser operativos, requieren siempre de un tercero que permite concluir de una u otra manera: la decisión final del sujeto, la manera en que subjetiva y hace suyos esos ideales y esa trayectoria vital. La respuesta final es un consentimiento o un rechazo a un deseo-fantasía, a una propuesta de relación, a una elección, profesional o de pareja. Y es evidente que nadie puede sustituir esa decisión.

Si partimos de la complejidad que implica esta tesis podemos ya formular una primer respuesta: no hay una explicación simple del fenómeno en términos uni-causales (educación, poder, patología) como tampoco hay -la solución-, hay soluciones, respuestas en plural.

La violencia como respuesta

Tomemos, en primer lugar, la perspectiva del maltratador y descartemos los casos episódicos, aquellos donde el maltrato aparece como una respuesta puntual, sin continuidad, fruto de una contingencia reactiva o de una patología mental muy evidente.

Para la mayoría de los casos podemos partir de una dificultad subjetiva del maltratador, generalmente sin conciencia mórbida, de la que nada quiere saber y que encuentra en la respuesta violenta una salida que lo protege de esa dificultad, aunque sea al precio de la desaparición del partenaire. Esa dificultad tiene que ver con una idea fantasmática ?no consciente de manera clara- sobre su posible desaparición o anulación como sujeto, una idea que no por inconsciente opera menos (más bien al contrario), y que toma la forma imaginaria de una falta de valor, de un poder disminuido, de una potencia que desfallecería, de una falta de reconocimiento, de un sentimiento íntimo de sentirse "en menos". Es por eso que para protegerse de ese temor proyectan esa desaparición y esa impotencia en la pareja: son ellas las que no saben, ni pueden hacer las cosas bien y son por tanto objeto de desprecio como deshechos.

Para que el maltratador pueda sostener su realidad psíquica y social le es necesario, entonces, esa disyunción entre su condición de sujeto poderoso, persona digna, y la de la pareja como objeto degradado. Es por eso que para obtener la satisfacción sexual ?momento crítico para la verificación de la potencia masculina- es necesario el previo sádico de la agresión, bajo la forma del forzamiento o la violación. Sólo así es recuperable el deseo sexual. Este aplastamiento del otro es lo que le previene de la angustia propia del acto sexual.

Esta dificultad reprimida no cesa de retornar bajo la forma de una demanda del Otro vivida como insistente ? aunque en la realidad la pareja sea más bien autista - que lo inquieta y le conmina a interrogar él mismo a la pareja buscando una confesión, un ¿qué quieres? Pregunta que rápidamente encuentra una respuesta, antes que ella pueda decir algo: "quieres mi goce, mi perjuicio, mi desaparición". A esta certeza ? adialéctica - responde el pasaje al acto agresivo: "o mía o de nadie, antes te mato, eres una puta". Se trata de un proceso sin fin ya que la confesión del

goce de la pareja siempre es insuficiente y no se busca un saber nuevo sino la confirmación de lo ya sabido. Sólo el pasaje al acto hace de límite, temporal.

La paradoja, dramática, es que esa respuesta de aniquilación del otro implica muchas veces su propia desaparición, como se ve en aquellos casos donde al asesinato de la pareja le sigue el suicidio ? o tentativa - del agresor.

La violencia procura, así, al maltratador una "solución" que enmascara su condición de sujeto afectado por la falta constitutiva de todo ser humano. La violencia es la respuesta que él ha elegido para abordar la relación al otro sexo.

Amor patológico

¿Qué subjetividad encontramos del lado de la mujer maltratada? Aquí también cabe hacer el previo de la particularidad de cada caso y las diferencias evidentes entre los casos episódicos y los patrones de relación continuados.

Uno de los mitos, a veces promovidos por los propios psi, es el del masoquismo de estas mujeres como explicación causal. Hemos visto que en el maltrato ? en cualquier maltrato - lo que está en juego es la destrucción de toda posición de sujeto en privilegio de su posición de objeto. Esto se confunde con el mal llamado masoquismo femenino: "será que les gusta".

Esta confusión no ocurre por casualidad, se apoya en una razón de estructura. La pregunta ¿qué es una mujer, cómo se comporta una mujer? encuentra una posible respuesta en la relación de pareja en la cual la mujer puede consentir a ocupar un lugar como causa del deseo del hombre y que le permita a ambos obtener una satisfacción de acuerdo a su fantasía sexual. Es únicamente en el contexto y el marco de esta relación sexual que la mujer ocupa ese lugar de objeto del deseo. No se trata ?en la mayoría de los casos- de una posición permanente y que afecte al conjunto de la vida de esa mujer. La clínica y nuestra experiencia cotidiana nos muestra esa diferencia, que a veces aparece como una disparidad paradójica entre lo que es, por una parte, la vida pública o familiar de una pareja, en la que cada uno desempeña un rol bien definido, y, por otra, esa escena, la vida íntima, donde a veces esos roles se intercambian radicalmente, de tal manera que el marido seguro, decidido y en aparente control de la situación social se muestra en la escena sexual como alguien vacilante, vulnerable o incluso con claras preferencias a ser humillado y castigado por el partenaire. Lo mismo en el caso de la mujer identificada a ideales de mujer autónoma, independiente, que en su vida sexual, sin embargo, acepta ciertas propuestas de su pareja difíciles de conciliar con esos ideales.

Por supuesto no se trata de ninguna patología, al menos no en la mayoría de los casos, se trata de la puesta en acto de la escena fantasmática y de las condiciones de satisfacción que cada miembro de la pareja encuentra. Condiciones definidas por una serie de variables biográficas y particulares que obedecen a otra lógica que

la de los ideales que nos permiten (re)presentarnos socialmente pero que son tan propias e íntimas como aquellos.

¿Cuál es el límite de eso a lo que una mujer ? ya que nos referimos a la violencia de género - puede consentir en la relación con su pareja? ¿Dónde poner la frontera entre un amor sexualizado y bien tratado y un amor claramente patológico y maltratado?

Una primera respuesta tiene que ver con la capacidad de maniobra del sujeto. No es lo mismo poder ocupar y abandonar una posición que quedar fijado a ella. Poder pasar de objeto en la escena fantasmática a sujeto en la relación, o quedarse fijado a ese lugar de objeto del goce del otro. Por eso vemos a mujeres que responden rápidamente frente a una situación de abuso y maltrato separándose de esa pareja y otras que encuentran más obstáculos a esa ruptura. La posibilidad de pensar en una relación basada en el amor implica que los lugares del amante y del amado deben poder dialectizarse, que aquel que es amado debe poder también convertirse en amante y viceversa, proceso que difícilmente se da en las relaciones maltratador -maltratado donde los roles son inamovibles y donde la primera condición del amor ? que al otro le falte algo - no se cumple. Si el amor, por definición, alude a la posición de debilidad de cada sujeto (tonto, ciego, flojo) es justamente esto lo insoportable para el maltratador y de lo que este huye mediante la violencia.

¿Por qué entonces una mujer aceptaría situarse de manera fija en esa posición de objeto caído, degradado, golpeado? No se trata, evidentemente, de una posición masoquista, en el sentido de una perversión, ya que aquí la mujer no persigue la angustia del otro ni obtiene un placer en esa relación de maltrato. Que conozcamos muchos casos en los que la mujer busca ?conscientemente o inconscientemente- el reencuentro con su pareja maltratadora o incluso que recurra la decisión de una jueza que le prohíbe casarse con su maltratador o que se haga cómplice de la transgresión de la orden de alejamiento- no debe llevarnos a engaño sobre el valor que esa relación tiene para ella: no lo hace por darse un gusto, como a veces se dice o insinúa más o menos veladamente.

Entonces, si no es masoquismo, ¿de qué se trata? Y ¿por qué llamarle amor patológico? En primer lugar porque es un uso del amor que produce su propia anulación y ese uso no es ajeno a ciertos imperativos que se imponen a un sujeto por mor de sus avatares, entre ellos los establecidos de manera primaria con sus objetos infantiles, p.e. con la madre como el primer Otro con el que interactuamos. ¿Cuántas veces no hemos escuchado de boca de estas mujeres que no puede romper ese vínculo con la pareja porque eso afectaría de manera grave a su propia relación con su madre? ¿Cuántas respuestas de esas madres, ante los lamentos de las hijas, no indican y refuerzan esa posición de resignación sacrificial?

Ocupar ese lugar de objeto degradado tiene sus beneficios inconscientes, aunque dicho así nos resulte un tanto insoportable por lo que convoca de thanatos, de

autodestrucción. Ser la amante eterna, siempre dispuesta, de ese otro maltratador, para algunas mujeres, supone darse un ser como mujer y sobre todo como madre. Es muy común escuchar cómo se lamentan, cuando los dejan o los detienen, de la suerte que correrán "ahora que ellas no están para cuidarlos" o de la pena que ha funcionado como obstáculo para la ruptura, a pesar del infierno de la convivencia. Ser nombrada, precozmente, para ocupar ese lugar sacrificial es un destino para muchas mujeres víctimas de malos tratos, que las conmina a cumplir esa profecía y de la cual no es fácil desentenderse. Las personas, en cuestiones de amor, no somos muy variables y aunque las formas aparentes (parejas) cambien, en realidad tenemos siempre la misma forma de amar, de allí la repetición del perfil de las parejas en la biografía de las mujeres maltratadas.

En el horizonte de esa relación tormentosa hay, para muchas mujeres, la secreta esperanza de un signo de amor del Otro, que nunca llega y las deja fijadas a esa posición.

Por eso, generalmente, no sirve sólo persuadirlas de lo inadecuado del vínculo y ofrecerles ayuda para la ruptura. Sobre todo cuando se trata de situaciones cronificadas. No es suficiente porque ese escenario de ruptura les abre un horizonte de vacío y de pérdida que provoca una angustia paralizante. ¿Cómo seguir "siendo" una vez roto ese vínculo? ¿Dónde encontrar el interlocutor vital? De allí los fenómenos de recurrencia en la relación de pareja, las múltiples idas y venidas y los desesperados intentos de recomenzar tras cada paliza. En ese vacío que implica la separación debe poder introducirse otra causa que la anterior, otras razones que le permitan relanzar el deseo de otra cosa y eso sabemos que no siempre es fácil porque las circunstancias a veces son muy precarias, en lo económico, laboral, social, familiar.

- Fuente digital: <http://www.eol.org.ar/virtualia/018/template.asp?dossier/ubiето.html#notas>